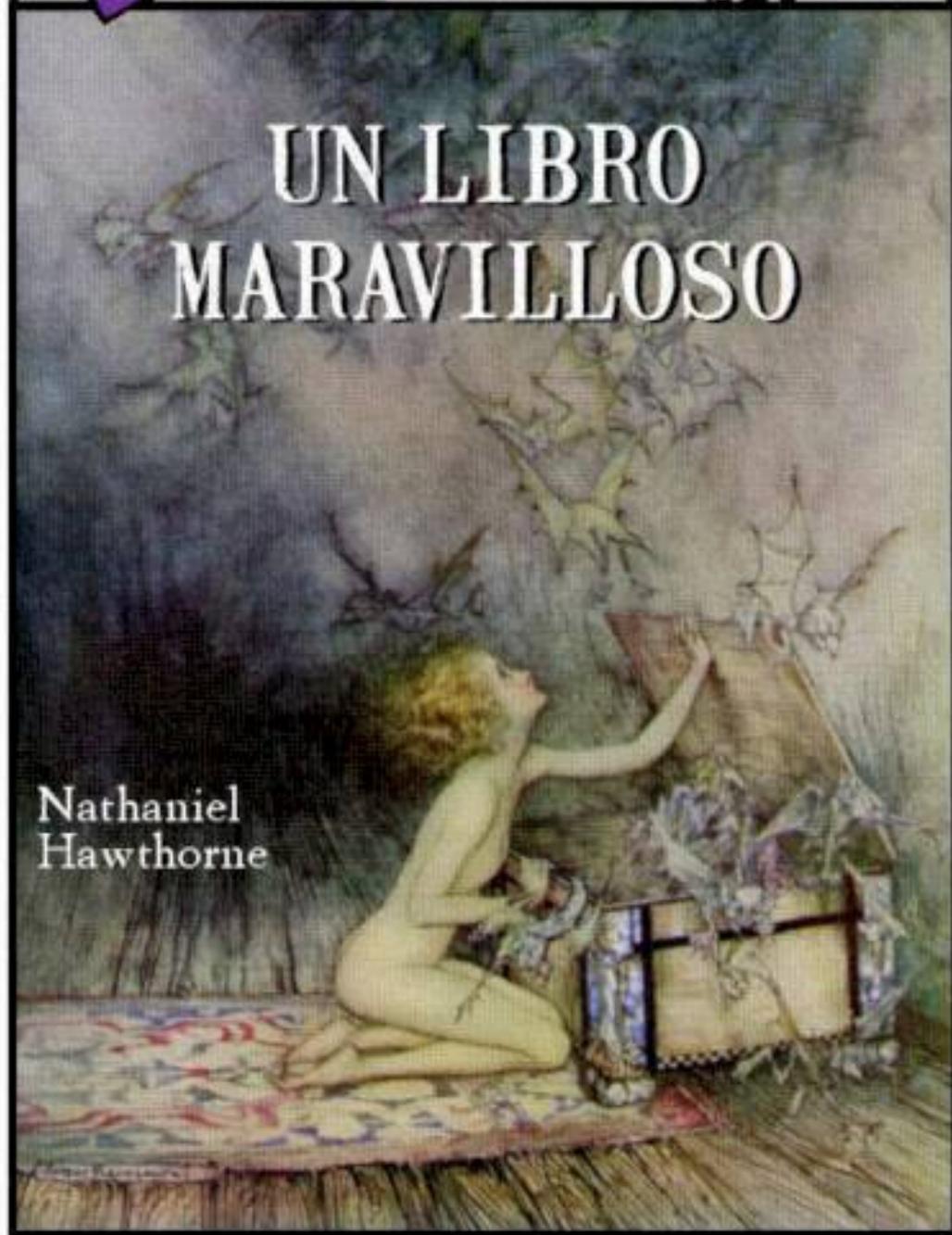


TUS  
LIBROS

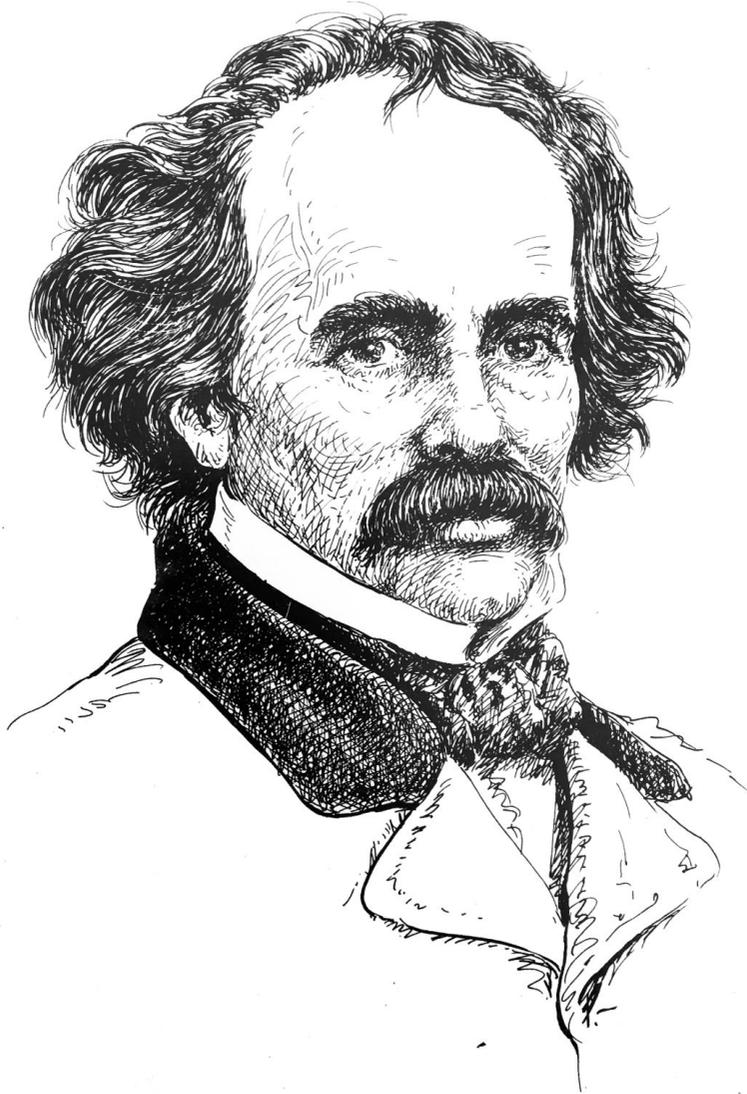


# UN LIBRO MARAVILLOSO

Nathaniel  
Hawthorne



El rey Midas y su toque de oro; la caja de Pandora; Hércules y las manzanas de oro; Belerofonte y la Quimera; Baucis y Filemón; Perseo y Medusa. Media docena de temas de la mitología clásica abordados por Hawthorne desde su peculiar prisma: un joven estudiante que narra a sus hermanos, a sus primos y otros amigos estas leyendas, trasplantándolas a otras épocas, es utilizado como marco, logrando —en palabras del propio autor— «sustituir la frialdad clásica, repelente como el mármol, por un tono gótico o romántico». Un humor sutil y ligero impregna el libro de principio a fin, consiguiendo que estos relatos pertenezcan —como dijo Poe— «a la más elevada región del arte».



*La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, publicada por Ticknor, Reed and Fields, Boston, 1851. Las ilustraciones, originales de Arthur Rackham, acompañaron a la edición de Hodder& Stoughton, Londres, 1922.*

## PREFACIO

El autor pensaba desde hace mucho tiempo que gran parte de los mitos clásicos podrían ser una lectura agradable para las niñas y los niños. Con este fin, ha abordado en este libro media docena de ellos. Al realizar esta tarea se ha tomado muchas libertades. Todo aquel que intente trabajar con estas fábulas verá que no están sujetas a las modas y gustos del momento. Perduran esencialmente tal cual por mucho que se intente manipularlas.

El autor no se siente culpable por haber cambiado, siguiendo los dictados de su imaginación, formas consagradas por la antigüedad hace dos o tres mil años. Ninguna época puede reclamar los derechos de autor de estas fábulas inmortales. Podría decirse que no tienen origen. Efectivamente, mientras el hombre exista, no morirán. Su condición de indestructibles las convierte en temas ideales para ser adaptadas por cada época según sus costumbres, su sensibilidad y su moral. La presente versión no mantiene su aire clásico, pues no ha sido intención del autor conservarlo.

Al realizar esta agradable tarea —porque realmente ha sido una tarea placentera para la estación calurosa, y una de las más gratas, desde el punto de vista literario, de las que podría haber emprendido—, el autor no ha considerado necesario bajar el nivel de su estilo para que las niñas y los niños entendiesen estas fábulas. En general, ha dejado que el tema se elevara, cuando presentaba esa tendencia, y cuando él mismo era capaz de seguirlo sin esfuerzo. Las ni-

ñas y los niños poseen una inestimable sensibilidad hacia todo aquello que es profundo y elevado, tanto de forma imaginativa como sensible, siempre y cuando se les simplifique todo aquello que es superficial. Lo artificial y lo complejo los desconcierta.

Lenox, 15 de julio de 1851

# LA CABEZA DE LA GORGONA



## El porche de Tanglewood

*Introducción a  
«La cabeza de la gorgona»*



Bajo el porche de una casa de campo llamada Tanglewood, en una hermosa mañana de otoño, se había reunido un alegre grupo de niños en torno a un joven de gran estatura. Habían planeado una excursión para ir a coger nueces, y esperaban con impaciencia a que la niebla remontase las laderas de las colinas y el sol bañase los campos y los pastos en la cálida luz del verano indio<sup>[1]</sup>, filtrándose hasta el último rincón de los multicolores bosques. El día prometía ser uno de los más bellos que jamás hayan alegrado el aspecto de este hermoso y confortable mundo. De momento, sin embargo, la bruma de la mañana se extendía a lo largo y ancho del valle en el cual, en un empinado promontorio, se alzaba la mansión.

Esta masa de blanco vapor llegaba a menos de cien metros de la casa y ocultaba completamente todo cuanto se encontraba más allá de esa distancia, exceptuando las co-

pas amarillas y rojizas de algunos árboles que emergían aquí y allá coronadas por los tempranos rayos del sol, cuya luz se reflejaba también en la extensa superficie de la niebla. A unos cinco o seis kilómetros al Sur, se alzaba la cumbre del monte Monument, que parecía flotar sobre una nube. Unos veinte kilómetros más allá en la misma dirección, se veía la majestuosa montaña de Taconic<sup>[2]</sup>, azul y borrosa, apenas más consistente que el vaporoso mar que parecía a punto de tragársela. Las colinas cercanas que rodeaban el valle se sumergían en la bruma hasta la mitad, y sus cimas aparecían moteadas por pequeños jirones de nube. En conjunto, había en el paisaje tanta niebla y tan poca tierra sólida, que producía el efecto de una visión.

Los niños mencionados más arriba, con tanta vida dentro como sus pequeños cuerpos podían albergar, no eran capaces de mantenerse confinados en el porche de Tanglewood, y cada poco salían corriendo por el sendero de grava o se precipitaban sobre el césped salpicado de rocío. No sabría decir exactamente cuántos eran; no menos de nueve o diez, pero no más de una docena. Los había de todas clases, edades y estaturas, tanto chicos como chicas. Eran hermanos o primos, aunque también se encontraban entre ellos algunos pequeños que habían sido invitados por el señor y la señora Pringle a disfrutar de aquel magnífico tiempo en Tanglewood, junto a sus hijos. No me atrevería a decirlos cómo se llamaban, ni siquiera a darles los mismos nombres que llevan otros niños, porque sé de buena tinta que algunos autores se han metido a veces en grandes apuros por dar nombres de personas reales a los personajes de sus libros. Por esta razón, he decidido llamarlos Prímula, Vincapervinca, Mirto, Diente de León, Lirio Silvestre, Trébol, Arándano, Primavera, Flor de Calabaza, Algodoncillo, Llantén y Ranúnculo<sup>[3]</sup>; aunque, sin duda, estos nombres serían más apropiados para un grupo de hadas que para un tropel de niños de este mundo.

Como es de suponer, estos chiquillos no habrían recibido el permiso de sus prudentes padres, madres, tíos, tías, abuelos y abuelas, para vagabundear por los bosques y los campos sin ir acompañados de una persona lo suficientemente adulta y seria. ¡No, de ninguna manera! Recordaréis que en la primera frase de mi libro hablé de un joven de gran estatura que se hallaba entre los niños. Su nombre (y voy a deciros su verdadero nombre, porque él considera un gran honor haber contado las historias que aparecen aquí publicadas), su nombre era Eustaquio Bright<sup>[4]</sup>. Era un estudiante del Williams College, y creo que en aquella época había alcanzado ya la venerable edad de dieciocho años, de modo que se sentía como un abuelo al lado de Vincapervinca, Diente de León, Arándano, Flor de Calabaza, Algodoncillo y el resto, que tenían solo la mitad o un tercio de aquella edad vetusta. Debido a un problema de la vista (algo que muchos estudiantes de hoy en día consideran imprescindible para demostrar su diligencia con los libros), había prolongado una o dos semanas sus vacaciones después del inicio del curso. Por mi parte, he de observar que rara vez he encontrado un par de ojos que pareciesen capaces de mirar más lejos y mejor que los de Eustaquio Bright.

Este docto estudiante era delgado y algo pálido, como todos los estudiantes yanquis. Pero aún así tenía un aspecto bastante saludable, y tan ligero y activo que parecía llevar alas en los zapatos. Como era muy aficionado a vadear arroyuelos y atravesar praderas, se había calzado botas altas de cuero para la excursión. Llevaba una blusa de lino, una gorra de paño y unas gafas de color verde que probablemente se había puesto, no tanto por la protección que brindaban a sus ojos, como por la dignidad que imbuían a su aspecto. En todo caso, mejor habría hecho dejándolas en casa, ya que Arándano, igual que un pequeño y malicioso elfo<sup>[5]</sup>, trepó por detrás de Eustaquio mientras este permanecía sentado en los escalones del porche y, arrancán-

dole las gafas de la nariz, se las puso él; después, el estudiante se olvidó de recuperarlas, así que cayeron al suelo y allí se quedaron hasta la siguiente primavera.

Debo decir que Eustaquio Bright se había ganado una considerable fama entre los niños como narrador de historias maravillosas. Y aunque a veces fingía enfadarse cuando le exigían más, y más, y siempre más, en realidad dudo que existiese algo que le gustase tanto como contar sus cuentos. Por consiguiente, tendríais que haber visto el brillo de sus ojos cuando Trébol, Mirto, Primavera, Ranúnculo y la mayoría de sus compañeros de juegos le rogaron que les relatase una de sus historias mientras esperaban a que la niebla se despejase.

—Sí, primo Eustaquio —dijo Prímula, que era una radiante niña de doce años, con ojos risueños y nariz respingona—, la mañana es el mejor momento para contar esas historias que acaban con nuestra paciencia. Así no habrá tanto peligro de que lleguemos a herir tus sentimientos quedándonos dormidos en el punto más interesante, como nos pasó a Primavera y a mí la otra noche.

—¡Qué mala eres, Prímula! —exclamó Primavera, una chiquilla de seis años—. Yo no me dormí; solo cerré los ojos para imaginar mejor lo que el primo Eustaquio nos estaba contando. Sus historias son estupendas para la noche, porque así, cuando nos dormimos, podemos soñar con ellas; pero también son estupendas por la mañana, porque así podemos soñar despiertos. Así que espero que nos cuente una en este mismo instante.

—Gracias, mi pequeña Primavera —dijo Eustaquio—. Te aseguro que tendrás la mejor historia que logre imaginar, aunque solo sea por lo bien que me has defendido de esa maliciosa de Prímula. Pero, niños, os he contado ya tantos cuentos de hadas que no creo que quede ninguno que no hayáis oído dos veces por lo menos, y tengo miedo de que os quedéis dormidos de verdad si vuelvo a repetir cualquiera de ellos.

—¡No, no, no! —gritaron Lirio Silvestre, Vincapervinca, Llantén y otra media docena de chiquillos—. Una historia nos gusta más cuando ya la hemos oído dos o tres veces.

Y es cierto, en lo que se refiere a los niños, que las historias parecen calar más hondo en su espíritu no ya con dos o tres repeticiones, sino con muchas más. Sin embargo, Eustaquio Bright, orgulloso de sus grandes recursos, no quiso sacar partido de esta ventaja que un narrador más experimentado habría estado encantado de aprovechar.

—No, sería una pena que un hombre con mis conocimientos, por no hablar de mi incomparable fantasía, no pudiese inventar cada día una historia nueva durante años y años para divertir a unos niños como vosotros. Voy a contaros uno de los cuentos infantiles que fueron creados para entretener a nuestra vieja abuela la Tierra cuando no era más que una niña vestida de corto. Hay cientos de ellos, y me asombra que nadie hasta ahora los haya transformado en libros ilustrados para niños y niñas. En vez de eso, son venerables ancianos de barba gris los que se dedican a estudiarlos en mohosos volúmenes de griego y se devanan los sesos tratando de averiguar quién, cuándo y para qué los inventó.

—¡Bien, bien, bien, primo Eustaquio! —gritaron a coro todos los niños—. No sigas hablando de esas historias, y empieza.

—Entonces, que todo el mundo se siente y se quede tan quieto como un ratoncito asustado —dijo Eustaquio Bright—. A la menor interrupción, ya sea de la grandullona Prímula, del pequeño Diente de León o de cualquier otro, cortaré mi historia por lo sano y me tragaré la parte que no haya podido contar. Pero, antes que nada, ¿sabéis alguno lo que es una gorgona?

—Yo sí —contestó Prímula.

—Entonces, ¡mantén la boca cerrada! —replicó Eustaquio, que habría preferido que la niña no supiese nada sobre el tema—. Refrenad todas vuestras lenguas, y os conta-

ré una bonita y conmovedora historia sobre la cabeza de una gorgona.

Y así lo hizo, como podréis comprobar al volver esta página. Utilizando con gran tacto su erudición estudiantil y tomando prestadas algunas ideas del profesor Anthon, procedió a contar su historia, desentendiéndose de todas las autoridades en la materia siempre que su audaz imaginación le impelía a ello.

## La cabeza de la gorgona



Perseo era hijo de Dánae, que era hija de un rey. Y cuando Perseo era muy pequeño, unos malvados metieron a él y a su madre en un baúl y lo empujaron mar adentro. Se alzó un soplo de viento que arrastró el baúl lejos de la costa, mientras las cambiantes olas lo zarandeaban arriba y abajo. Dánae sujetaba a su hijo fuertemente contra su pecho, temiendo que alguna ola lanzase su espumosa cresta sobre ellos. Sin embargo, el baúl continuó flotando sin hundirse ni volcar hasta que, a la caída de la noche, se aproximó tanto a una isla que quedó aprisionado en las redes de un pescador. En seguida lo sacaron del agua, dejándolo sobre la arena seca de la playa. La isla se llamaba Sérifos, y en ella reinaba el rey Polidectes, que resultó ser hermano del pescador.

Este pescador, me alegro de poder decirlo, era un hombre extraordinariamente honrado y bueno. Trató a Dánae y a su hijito con gran amabilidad, y siguió siendo amigo suyo hasta que Perseo se convirtió en un apuesto joven muy fuerte y activo, sumamente hábil en el manejo de las armas. Pero mucho antes de eso, el rey Polidectes ya había visto a los dos extranjeros, madre e hijo, que habían llegado a sus dominios en un baúl flotante. Y como no se parecía en na-